



Ramon Gener **Historia** de un piano

31887



DESTINO

Historia de un piano

31887

Ramon
Gener

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1651

I

En el exacto momento en que vio el piano por primera vez, supo con total certeza que tenía que ser ese.

Ese y ningún otro.

La alegría que sintió al verlo fue tan grande que el cansancio del viaje en tren que la había traído desde Magdeburgo desapareció en un instante como por arte de magia.

Aquella otoñal mañana de finales de octubre de 1915 que había planeado con tanto esmero, el toque de diana la despertó, como siempre, una hora antes de que saliera el sol. Tras desayunar y meter todos sus ahorros en una pequeña bolsa, puso las cartas de su hijo en el bolsillo interior de la pelliza que le había regalado su difunto marido y salió de casa.

En la estación, el tren la esperaba envuelto en una humareda de vapor. Con la decisión propia de quien siente que hace lo correcto, se abrió paso en-

tre la gente que deambulaba sin ton ni son por el andén y subió al último vagón. Tras un eslabon por el pasillo abarrotado, consiguió llegar a su asiento. Se estiró para colocar la bolsa en el portaequipajes superior y se acomodó junto a la ventanilla sin quitarse la pelliza.

Unos minutos después, el jefe de estación cantó el último aviso.

—¡Pasajeros al tren!

Lo hizo con una voz de barítono tan brillante y afinada que todo el barullo del andén se detuvo a escucharlo. Con la sonrisa socarrona de quien se convierte en el protagonista del momento, sacó el silbato plateado del bolsillo con un gesto de autoridad. Miró a izquierda y a derecha, se aseguró de que tenía la atención de todos y entonces, justo cuando el reloj de la estación marcaba las 7.23 horas, lo hizo sonar con un inmenso signo de exclamación. Espoleado por el pitido, el andén se puso de nuevo en marcha y el carbón alimentó las tripas del viejo caballo de hierro de los Ferrocarriles Estatales Prusianos. Los pesados engranajes de las ruedas se desperezaron y, como si de un larguísimo *accelerando rossiniano* se tratara, el tren se puso en marcha poco a poco hasta alcanzar la velocidad de cruce programada: *andante assai grazioso*.

Mecidos por el *ostinato* traqueteo del viejo ferrocarril azabache, por la luz crepuscular de la hora temprana que se adivinaba en el este y por el

cansino pasar de los otoñales paisajes de Sajonia, los pasajeros se adormecieron. Como a los apóstoles en el huerto de Getsemaní, el sueño los venció. Uno a uno, todos cayeron.

Todos menos ella.

Sentada en el asiento de madera junto a la ventana, el motivo que la había llevado a subir al tren la mantenía bien despierta.

De repente, justo cuando la penumbra dio paso a la primera luz de la mañana, el sol enrojecido se coló sin permiso por la ventanilla y en sus pensamientos. La inmensidad del astro rey captó su atención y le regaló su reflejo en el cristal en un efecto a contraluz. Ortrud Schulze intentó reconocer en él a la alegre mujer que una vez fue. A la jovial mujer que se enamoró, se casó y fue madre. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero no la encontró. El reflejo le mostró a una mujer triste y cansada que, a sus cuarenta y cinco años, luchaba por mantenerse a flote frente de los golpes de la vida y el sinsentido de la guerra. Sólo una melena aún dorada, unos enormes ojos verde aceituna, unos perfectos dientes blancos y un distinguido gesto escondido seguían en el reflejo para recordarle la felicidad de un tiempo que había sido y que ya no era. Una felicidad robada a traición por un azar enfermizo que había guadañado la vida de su marido antes de convertirse en padre. Una azarosa fatalidad que, todavía insatisfecha, le había arrebatado al único

hijo dos veces. La segunda, cuando se lo llevó al frente occidental a luchar contra la Triple Entente. Fue un funesto día de octubre de 1914. Sólo tenía veinte años.

—No te preocupes, mamá —dijo cuando se iba—. Todos dicen que para Navidad la guerra habrá terminado y podremos volver a casa.

Igual que él, más de un millón de jóvenes alemanes se despidieron de sus madres aquel día. Igual que él, más de un millón de jóvenes alemanes trataron de consolarlas con la ilusión de que sólo serían cuatro días; de que todo pasaría pronto.

Y es que los periódicos teutones habían anunciado a bombo y platillo que la guerra terminaría antes de Pascua. Aseguraban que el plan que unos años atrás había diseñado el general Alfred von Schlieffen era tan perfecto, tan rápido y tan eficaz que nada podía fallar. Con la seguridad que otorga un pronóstico sobre un papel, se creyeron gigantes invencibles. Se sintieron más fuertes que Goliat; derrotar a los galos, entrar en París y heredar la Tierra serían cuatro días. Pan comido.

Pero pasó la Navidad y el año 1915 descubrió a más de un millón de jóvenes, a más de un millón de madres y a más de sesenta y cinco millones de alemanes una realidad que se había enredado de un modo muy distinto. Los británicos acudieron en defensa de los franceses y lograron detener el avance del Imperio alemán sobre Pa-

rís. Desde entonces, las fuerzas se habían equilibrado y el frente se había convertido en una trinchera grabada a fuego en el corazón de Europa. Una zanja mortal que empezaba en el canal de la Mancha y llegaba hasta Suiza. Una trampa en la que su unigénito había quedado atrapado en Flandes y Artois, cerca de Arrás; un lugar de cielo gris y de tiempo indefinido. Un lugar donde la esperanza moría en un *adagio* agónico con regusto a viaje sin billete de vuelta.

Así, los cuatro días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses y más meses, y Ortrud, igual que su hijo, también quedó atrapada en una trinchera. Una diferente; la de su modesta casa junto a la catedral de Magdeburgo. Allí, a la sombra de las torres góticas bajo las que descansaba Otón el Grande, otrora rey de los francos y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, esperaba. Y en su espera, a veces desesperada, se hizo amiga de la ausencia. La sentía tan dentro que le parecía poder tocarla, verla y oírla.

Junto a ella se había acostumbrado al silencio, a las fotos de la mesita de noche, a las botas sucias en el portal, a los papeles garabateados sobre el escritorio, a la ropa abandonada en los armarios... Con el paso del tiempo se había habituado a comer en una mesa con dos sillas vacías; las del marido y el hijo. Los echaba de menos. Los echaba tanto de menos. Los extrañaba todas las noches cuando apa-

gaba las luces, cuando cerraba los ojos, cuando soñaba con ellos. Los extrañaba todas las noches cuando su aliento se precipitaba *stringendo* hasta llegar a un *tempo rubato* donde se le escapaban sus nombres: Johannes, Johannes...

Se desesperaba cuando no hallaba al primer Johannes en la otra orilla de la cama conyugal. Se le rompía el corazón cuando se asomaba a la habitación del segundo Johannes, su hijo atrapado en la guerra, y no encontraba a nadie.

Envuelta por el manto de la ausencia, sólo había una cosa que conseguía alejar, aunque fuera un poco, el peso del vacío: el piano del salón. Un viejo Grotrian-Steinweg vertical. Sentada junto a él, podía sentir la presencia del marido; un funcionario del Ayuntamiento aficionado a la música que había comprado el piano de segunda mano y que tocaba por placer en sus ratos libres. Sentada junto a él, le parecía oír tocar a su hijo; un virtuoso que había empezado a tocar con apenas siete años sin que nadie se lo pidiera.

Junto al piano, su amiga la ausencia parecía desaparecer cuando recordaba que el pequeño Johannes había aprendido a tocar sin proponérselo.

Fue un día como cualquier otro. Un día nublado en el que todo había transcurrido por el camino de la cotidiana rutina hasta que, sin aviso, sucedió algo inesperado; el niño trepó por la banqueta, abrió la tapa del piano y empezó a tocar algunas

melodías infantiles y populares. Lo hizo así, sin más, como si siempre hubiera sabido hacerlo. De carrerilla, sin equivocarse y como si fuera la cosa más fácil del mundo. La madre quedó tan sorprendida con el inesperado milagro que sin pensárselo dos veces corrió a buscar un maestro que supiera encauzar el inesperado don caído del cielo. Lo encontró no lejos de casa; Herr Schmidt, un pianista viudo y sin hijos que, tras muchos años de una modesta carrera como solista, había decidido retirarse de los escenarios. Un hombre tan desencantado con lo que la vida le había deparado que se había recluido en su ciudad natal y ocupaba las horas con lecciones de piano a domicilio a los crédulos del barrio. Un hombre que sentía que había llegado a la *cadenza finale* de su partitura vital. Un hombre sin esperanza que vestía siempre de riguroso negro y camuflaba su desilusión tras unas enormes gafas de culo de vaso y un prominente mostacho a lo Nietzsche. Un hombre de cuya calva emergían cuatro pelos largos y blancos que se habían convertido en una especie de servicio público, pues cuando paseaba por las calles de la ciudad, el aire jugaba con ellos y los convertía en una perfecta veleta para que los vecinos pudieran conocer la dirección del viento. Un hombre invernal al que la vida le había dado una segunda oportunidad el día que conoció al pequeño Johannes. Y es que, cuando el viejo comprobó las capacidades

pianísticas de aquel prodigio de siete años que tocaba como si tal cosa, sintió que el pesimismo que se había apoderado de su vida se desvanecía en un *diminuendo* hacia el olvido. Fue ver tocar al niño y, como Pablo de Tarso camino de Damasco, dio con sus huesos en el suelo y recuperó la fe en la providencia y en la condición humana.

Y fue así como, sin darse apenas cuenta, a sus setenta ensayó una sonrisa que no había practicado en años. Le sentó bien. Muy bien. Risueño y consciente de la revelación que tenía ante sus ojos, se santiguó, elevó la mirada y dio las gracias a Dios por el regalo inesperado.

Sin duda, aquello no podía ser sino un encargo divino.

Las clases empezaron de inmediato.

Dada la naturaleza celestial del asunto y las precarias circunstancias económicas de la madre, que sobrevivía y mantenía al hijo entre los remiendos que cosía y una exigua pensión de viudedad, Herr Schmidt decidió no cobrar por sus servicios.

Con la *cadenza finale* de su partitura vital aparcada a un lado, desempolvó el horizonte de un nuevo futuro. Inspirado por el espíritu creador del libro del Génesis, se entregó en cuerpo y alma a cumplir con la tarea que el Altísimo le había encomendado: crear un mundo musical para que el pequeño Johannes viviera en él.